

REVUELTAS: UN APOCALÍPTICO NO INTEGRADO

Emiliano Perez Cruz*

No conocí a José Revueltas, el escritor, pero sí sus escenarios, desde pequeño. Mi padre, chofer ferretero de oficio, laboraba por el rumbo de La Merced, en la Candelaria de Los Patos, barrio cercano al Cuadrante de la Soledad. Se levantaba de madrugada, abordaba un camión de los llamados chimecos de Ciudad Nezahualcóyotl, y los fines de semana lo esperábamos en la clínica del IMSS ubicada en Corregidora y Circunvalación y paseábamos su familia y él por el ahora Centro Histórico, más allá de la Alameda, en ocasiones hasta Chapultepec.

El Cuadrante de la Soledad era sórdido, plagado de prostis, padrotes, albañiles, comerciantes de frutas y verduras, diableros, cargadores, conductores de camiones fruteros. Pero no había leído a José Revueltas, el escritor, hasta que ingresé al bachillerato y después de Rulfo, Fuentes, Rojas Gonzalez, Paz y su Laberinto, algunos clásicos y los imprescindibles del llamado boom latinoamericano...

Nosotros, mi madre y dos hermanos, vivíamos en un salitral llamado las Colonias del ex Vaso de Texcoco, desde la década de los cincuenta, en el caserío poblado por inmigrantes llegados del campo a la ciudad, que a la postre sería el municipio 120 del Estado de México. Lodazal cuando las lluvias arribaban, terregal en tiempo de secas, nuestro territorio bien pudo ser escenario y semillero de personajes para poblar cuentos, novelas, crónicas, reportajes, ensayos de Revueltas. Era la pobreza en una ciudad dormitorio que cobró fama mundial gracias a la carencia de servicios urbanos, fuentes de empleo, infraestructura de salud y educación... Éramos jodidos sin Dios en la Tierra, en algún valle de lágrimas, pagando quién sabe

* Escritor y periodista.

que errores, atristados por un luto humano que gritaba “llegué para quedarme”...

En ese territorio don Pepe pudo pasmarse ante la miseria existente, material humano sobraba, con sus pasiones, anhelos, bajezas, traiciones, ternuras, vicios... Anduvo cerca, sí, por el rumbo de La Merced. Quizá nos conoció, pero nosotros a él no.

Y cuando así fue, fue terrible. Topé con él en una antología de Seymour Menton, *El cuento hispanoamericano*. Un supermercado, Sumesa de la colonia Polanco, tuvo en oferta la “Colección Popular” del Fondo de Cultura Económica. Mis hermanos, carpinteros, laboraban por el rumbo; yo salía de la escuela, bachillerato de la UNAM (CCH) en Azcapotzalco, y los buscaba a la hora de la comida. En el súper nos hacíamos de jamón, queso, refrescos, chiles envinagrados y pan de caja. Cercana a la caja lucía la “Colección Popular”; chantajista, con avidez la revisaba, y ellos, mis carpinteros hermanos, esculcaban el bolsillo y decían: “Escoge un libro, nosotros lo pagamos”.

Elegí *El cuento hispanoamericano*... En uno de los dos tomitos venía “Dios en la tierra”, cuento terrible, aplastante, cruel por lo que describe: a un pueblo que se ha encerrado durante la guerra cristera y los soldados que combaten a los creyentes solicitan agua; un profesor la brinda y paga las consecuencias por hacer el buen samaritano en tiempos donde el odio hacia los que se consideran contrarios a la fe cobra con vida, y quien brinda el agua, que a nadie se le niega, ofenderá a quienes defienden la fe en un Dios todopoderoso e implacable con los distintos a su rebaño.

El profesor, escribe Revueltas, de lejos “parecía un espantapájaros sobre su estaca, agitándose como si lo moviera el viento, el viento, que ya corría, llevando la voz profunda, ciclópea, de Dios, que había pasado por la tierra”. También mis carnales leyeron, sólo para pasar bocado y decir, mirando al cielo: “Staca’ brown este cuate”.

Los sándwiches de jamón con queso ya nunca nos supieron igual, aunque diera un mordisco al chile envinagrado, aunque aliviara el picor con refresco. La imagen del pueblo enceguecido empalando al profesor rural en nombre de Dios, me hizo ver de manera distinta a mis semejantes, a los pobres pero honrados, tanto que para honrar su fe cometían un crimen como el narrado por Revueltas, el apocalíptico no integrado. Impresionante, porque me develó la miseria en que vivíamos miles de personas. Y no éramos

el proletariado que redimiría al género humano, como parloteaban los activistas ceceacheros en los mítines.

Compartimos el libro con otros cuates del barrio, pero prefirieron seguir con *El libro vaquero* y el *Lagrimas, risas y amor*, de la Vargas Dulché. Revueltas no es para las masas.

Aunque Revueltas crea su mundo de odio con cada palabra, comenta Menton, la estructura del cuento depende de su final. Poco a poco se procede de lo más general hasta llegar a la concentración de todo ese odio en el castigo horrible que sufre el profesor pueblerino a manos de los cristeros. Y uno, adolescente, queda pasmado y no olvidará la imagen del profesor. Claro, tampoco las piernas de las vaqueritas en el Lejano Oeste ni el tetamen de Rarotonga...

Un día me inscribí a dos talleres en la Facultad de Filosofía y Letras de la generosa UNAM, de cuento, con Tito Monterroso, y de novela, con Sergio Fernández. El primero ya era más famoso que leído por su libro *La oveja negra y demás fábulas*, y del segundo yo desconocía todo, incluso que era ya el destacado sorjuanista al que todo mundo reconoce. Las sesiones con Tito Monterroso se resolvieron desde el primer encuentro, cuando nos dijo que para escribir un cuento... no hay más que escribirlo.

Una tarde, en sesión con el maestro Sergio Fernández, y tras leer ante el público que éramos los mismos talleristas, se sorprendió ante mi texto (el primero y único que había escrito a partir de una entrevista-monólogo solicitada por Gustavo Sainz como tarea escolar para su clase de Géneros Periodísticos-La entrevista: "Trabájalo como cuento y será premiado en un concurso", me dijo; obedecí y gané el premio del concurso: libros).

—Tu texto es como los de José Revueltas —sentenció Sergio Fernández. Citó a más autores, me emparentó con Emilio Zola, con Balzac, recordó a los pintores impresionistas que abordaban temas populares en sus lienzos, me felicitó por el cuento, me indicó hacer mejoras y así fue que Revueltas y su obra se me volvieron imprescindibles, necesarios. Más cuando Sainz descubrió mis errores en el manejo del guión coloquial:

—Revueltas es el maestro —me dijo— y comencé a analizar con detalle y ganas de aprender.

Un día conocí, por fin, la literatura de José Revueltas en su esplendor (para mi gusto), a través de *El apando*, novela de lo grotesco, violenta, virulenta, acre. La cárcel dentro de la cárcel, se dijo de ella, de su tema central. Felipe Cazals la llevó al cine y *El Carajo* tuvo rostro de José Carlos Ruiz.

El apando: celda de castigo para los castigados, sitio donde se recuerda el exterior como un valle de lágrimas, donde el ser humano padecerá lo indecible y donde el microcosmos carcelario es el mundo todo donde la humanidad, inmisericorde –como la lepra–, se devora a sí misma con sus vicios y virtudes... Novela de la desesperanza.

Venga la droga para *El Carajo*, Polonio y Albino, aunque sea oculta entre las verijas de la madre de *El Carajo* para introducirlas al penal, y al ser descubiertos por los celadores, los custodios, que se castigue al castigado reinfactor.

Como en “Dios en la tierra”, *El apando* describe a mexicanos que contienen en sí a la humanidad entera, enajenada, víctima de su propio no ser, alienados y sin esperanza, propensos a la auto-destrucción y negados, como los perros a los que Revueltas increpó en deefeo Parque Hundido, según recuerda en versos el poeta Enrique González Rojo Arthur:

Ah mis pinches
mis bonitos perros:
¿dónde sus olfateos de dialéctica?
Cada uno de ustedes ha acabado por ser el ámbito
en que sólo las pulgas están organizadas
autogestivamente.

Luego me hallé a Revueltas en la calles, sobre las banquetas del posteriormente designado Centro Histórico. Indigno fin para sus libros, pensarán. Para mí fue suerte que sus textos yacieran en los puestos callejeros de libros usados; también en diversas librerías de viejo ubicadas en Bucareli y en Avenida Hidalgo, a un costado de la Alameda Centra, o en la calle de Antonio Caso.

Destacaban pilas y pilas de algunos títulos fundamentales de Revueltas, el escritor y teórico o filósofo, en la versión editada por Novaro (editorial más dada a publicar historietas que literatura) y en otras ediciones primigenias: *Los errores*, *Los muros de agua*; *México, una democracia bárbara*, *El luto humano*, *En algún valle de lágrimas*, *Los motivos de Caín*, *El cuadrante de la Soledad*, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza...*

Revueltas fue para mí un faro, tanto en lo periodístico como en lo literario... Aunque posteriormente me pesara su visión apocalíptica de la humanidad y la obsecada, terca, enceguecida, religiosa militancia de sus personajes. Contraponerle a *La Familia Burrón* y el cine de Fellini (entre muchos otros productos culturales) aligeró mi visión de la pobreza, la vivida y la estudiada en ensayos, reportajes, crónicas...

Sin embargo, y en estos tiempos de capitalismo salvaje de libre comercio, de reformas políticas, laborales, educativas, su lectura reaviva la llama para abordar desde el pensamiento crítico y la creación despellejada, al México profundo, narcopolitizado, dividido, saqueado, humillado, injuriado, menospreciado, violentado, arrojado al mercado sin red protectora...

En esas calles, en esos puestos callejeros, en esas librerías de viejo levanté libros y libros de José Revueltas y los repartí entre mis amigos del barrio nezahualcoyense, que a través de la película de Cazals y sus escenas de rudo erotismo conocieron, si no al escritor, sí al libro en que se basaron su autor y José Agustín para elaborar el guión.

Los textos de Revueltas no son de los que dejan indiferente. Sacuden, minan la fe, te vuelven otro ser; si algún virus mesiánico portas, te cura. Cura una carta donde describe su visita a un leprosario; transmite el horror del ser humano cuyo cuerpo se devora a sí mismo, víctima de una enfermedad que lo deforma y causa horror a los otros, sus semejantes, quizá porque en el leproso descubre a nuestro otro yo sin gracia alguna, carcomido, con muñones en lugar de miembros...

En una de sus legendarias crónicas Revueltas escribe de la maravilla de la naturaleza que permite al campesino Dionisio Pulido, en su parcela, ver el nacimiento de un volcán, el Parícutín, ente

que crecerá y dará salida al fuego que la tierra atesora en sus entrañas mediante erupciones que sepultarán su tierra y al pueblo donde se ubica, víctima de un Apocalipsis que se cierne sobre quienes ya de suyo lo viven a diario.

En una de sus novelas, *El luto humano*, el río se desborda y arrasa todo a su paso y se lleva incluso lo que no tiene vida y en su caja de inocente difunto, el cadáver navega con destino incierto y enluta más aún a los deudos. En otro, un implacable prestamista del barrio llega a su casa y poco a poco comienza a desnudarse y así, en pelotas, como Dios lo trajo a este mundo, se descubre igual que aquellos a quienes presta dinero para vivir de los réditos; implacable, exige los pagos y se advierte todopoderoso, a menos que el reencuentro consigo mismo y en plena desnudez, le descubra que en nada es distinto a los demás, excepto cuando actitud y vestimenta lo vuelven el implacable acreedor al que todos temen.

Revueltas tiene el don que permite fijar en el lector escenas precisas que contraponen y complementan lo social con lo individual, el tener con el ser. Un militante debe liquidar el costo de la impresión de un periódico del partido, pero su hijo enfermo pudiera ser atendido médicamente si se dispone de lo ajeno. Pero eso ajeno tiene un fin superior, libertario, plasmado en las páginas del rotativo, y la lucha interna desgarró al individuo..

Cada lector tiene al José Revueltas de su predilección: el militante, el teórico, el filósofo, el novelista, el hacedor de cuentos, el militante que conoció prisiones por defender sus posturas políticas; el de las cartas a María Teresa (Retes) mostrando al íntimo personaje de tan variadas facetas; el de las foto con pelo largo y barba a la Ho Chi Ming; el alcohólico que escribía a pesar de los tragos y no por ellos...

En lo personal, prefiero al que el memorioso Enrique González Rojo Arthur inmortaliza en el "Discurso de José Revueltas a los perros del Parque Hundido". Y lo alucino en ese parque con la melena al aire, las barbas despeinadas, el ánimo soliviantado por los tragos y el perenne afán de rafaguear con palabras a una realidad adversa.

Así lo imagino, pero en vez del Parque Hundido lo ubico arenando a los cientos de perros que sobrepueblan Neza, que pululan

en los descomunales basureros del Bordo Xochiaca, que mero-dean las carnicerías en los mercados, ateniéndose a la suerte de no recibir pajuelazos por el lomo y roer algún hueso mientras escuchan la arenga de este ser, Revueltas, cuyo centenario de su natalicio le allega inciensos y escupitajos en letra impresa o virtual, porque a la fecha sigue a debate su personalidad, su obra, su pensamiento y actitudes políticas...